

LAS MUJERES EN LA REVOLUCION

El año 1790, en doctos y elocuentes discursos, Juan Antonio de Candorcel, secretario de la Academia de Ciencias de Francia, amigo de Voltaire y precursor del socialismo moderno—no obstante su condición de aristócrata—, formulaba la n.ªs atrevida de las propuestas: *la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía*; cosa que muchos hombres y partidos avanzados recibieron con la misma prevención que en España el voto femenino.

Sería notoriamente injusto, mantener alejadas nuestras compañeras, capaces para desempeñar los cargos políticos y puestos de la administración, que habían ganado legítimamente con su cooperación en el trabajo y su participación en la lucha; ya que no se consideraran títulos bastantes para la concesión de tales derechos a la mujer, sus fervores y entusiasmos por la causa popular y el aliento que prestaran a los luchadores y propagandistas.

En la región del Delfinado (la Asturias francesa, a los efectos de la revolución) habíanse visto desfilar animosos batallones de mujeres y muchachas armadas para la cruzada por la libertad, viejas y jóvenes de Angers tomaron parte en los combates o prestaron auxilio a los heridos y tal era la devoción de las muchachas por el nuevo régimen social que juraron no escuchar más que a los leales, no entregar su corazón más que a los valientes y no casarse y unir sus destinos más que con aquellos que trabajaran y lucharan por el engrandecimiento del país. Es decir, que la mujer se entrega a la causa de la revolución, en cuerpo y alma, sin reserva alguna.

Otro tanto ha sucedido en España; también la mujer emancipada ha respondido lealmente a la confianza de sus libertadores; en las urnas contribuyó al triunfo del Frente Popular y en las horas trágicas no ha vacilado en sacrificar hasta su belleza vistiendo el grotesco «mono», ya para empuñar el arma redentora en las líneas de combate, ya la herramienta en el tajo de la retaguardia.

Ha querido igualarse al hombre no sólo en los derechos sino acoplándose a las más duras y rudas obligaciones y para ello vela los encantos bajo la antigua vestimenta y da tregua a todas las prerrogativas de su condición. Muchas de ellas cayeron en las horas angustiosas del cerco de Madrid, emulando las gestas de doña Catalina de Eranzo (la monja Alférez) en el Perú, de María Pita, de Agustina de Aragón y la hija de Malasaña; otras no menos animosas, han restañado la sangre de las víctimas de la invasión en los puestos de urgencia y en improvisados hospitales, bajo la lluvia de mortífera metralla; otras han tejido con ágiles y delicadas manos cotas y lorigas contra las punzadas del frío en la montaña; en su mayoría trabajan en el campo y—en ausencia de los com-

pañeros movilizados—recogen los panes que permiten prolongar la resistencia indefinidamente...

Así, pues, la revolución alcanzó un triunfo incalculable al incorporar a la mujer a sus causas y asociándola a sus inquietudes y trabajos; pero todavía fué mayor acierto confiar a compañeras bien capacitadas puestos directivos y altas y delicadas misiones.

Los hombres, no siempre supieron verlo; en alguna ocasión esquivaron los sitios de peligro y frecuentemente se dejaron ganar por la frivolidad, mientras la mujer tornose más seria y renuncia voluntariamente a su ingénita coquetería.

Juan GIMÉNEZ DE AGUILAR

APUNTES DE RETAGUARDIA

Exigir que nuestra retaguardia fuera un modelo de perfección, sería algo absurdo. Necesariamente ha de tener sus máculas. En ella hay una gran mayoría entregada en cuerpo y alma a ganar la guerra, que trabaja con ahínco, y con fe en el futuro.

Al lado de esta mayoría, hay una minoría heterogénea que—como se dice ahora—no carbura, es decir, no está a la altura de las circunstancias, y aunque los individuos que componen esa minoría hagan con frecuencia públicas protestas de antifascismo y de amor a la causa, su conducta no está muy de acuerdo con sus palabras.

Uno de los grupos de esa minoría lo constituye el comercio, lo mismo el de artículos de comer que el de uso y vestido. Es cierto que el comercio nunca tuvo entrañas; pero jamás—ni en la Gran Guerra—se llegó a los abusos que en la actualidad

se están cometiendo. El comerciante se está hinchando de dinero, está haciendo granjería con el dolor de sus hermanos, y convendría cortarles las uñas, porque no hay razón para que la vida esté 15 ó 20 veces más cara que antes de la guerra.

Es absurdo, y criminal a la vez, que unas alpargatas para niño—que antes costaban 0,85 pesetas—hoy se vendan a 20 pesetas; que un metro de dril—que costaba una peseta—se venda a 16 ó 18 pesetas; que un kilogramo de tomates—adquiridos en la huerta valenciana a 0,85 pesetas—se venda en Cuenca a 3,50 pesetas o 4 pesetas; que el kilogramo de pimientos verdes se haya vendido a 10 pesetas, y que... ¡el kilogramo de sandías se esté pagando a 3 pesetas, y el de uva a 7 pesetas!

¿Se me quiere decir adónde vamos a llegar por este camino, si las autoridades no proceden con energía? Y el procedimiento es sencillísimo: incautarse de las fortunas hechas de tal guisa, bien sean de particulares o de colectividades, y llevar al frente y a primera línea a los que abusivamente encarecen la vida, sin exenciones de edad ni de alifafes físicos. Allí aprenderán lo doloroso de las 10 pesetas diarias que gana el soldado, con las cuales su familia no puede comer ni un kilogramo de pimientos verdes. Allí sentirán clavarse en sus carnes—como los proyectiles enemigos—que si quieren calzar a un hijo con unas pobres alpargatas—que le durarán una semana—se tiene que quedar la familia sin comer dos días. Allí—en los pocos ratos de meditación que pueden tener leyendo las cartas de sus compañeras—verán cómo el sueldo de tres o cuatro días de estar jugando la vida a cada paso se lo ha tragado sin escrúpulos un comerciante por dos metros de dril para hacer unos pantalones al nene...

Y lo incomprensible de todo esto es que haya colectividades—algunas que se titulan marxistas—que especulan con las miserias de la guerra. Eso, camaradas, no es marxismo. Eso se aparta en absoluto de las doctrinas del filósofo Marx y cae de lleno en los procedimientos del contrabandista March. ANTINOMIA.

M U J E R

Te he visto llorar, mujer. Te he visto llorar quedamente, mansamente, como avergonzada de un momento de flaqueza. Aquellos dos mozos jóvenes y fuertes con la sonrisa en los labios, te hicieron llorar; aquellos mozos de los que unos meses antes te despediste con gritos de alegría y el puño en alto...

Hoy los has vuelto a ver, como siempre alegres, pero ya no levantaban su puño el uno, ni movía sus piernas con ligereza el otro, y tú, mujer, ante la vista de los mutilados dejaste correr unas lágrimas de piedad y de rabia.

Mujer, aunque te reste mucho que padecer, no has de acobardarte. Yo sé que no eres la misma de antes; yo sé que en otro tiempo no hubieras dejado correr tus lágrimas. El «rimmel» habría estropeado la belleza de tus ojos y el roce del pañuelo por tu cara, diera al traste con el retoque pacienzudo de las cremas y coloretes.

Yo sé, mujer, que un día te despertó el estampido del cañón. Aquella primera noche de alería la pasaste en vela agitado tu espíritu por extraños pensamientos. Al día siguiente, no tuvo necesidad tu buena madre de llamarte para preparar el desayuno para tus hermanitos: antes de la hora fijada saltaste del lecho y refrescado tu cuerpo y lavada tu cara, en la que aún quedaban huellas del artificio del día y de la angustia de la noche anterior, alisaste tus trenzas rizadas y te echaste a la calle con una idea fija: trabajar, trabajar para ayudar a los compañeros del frente.

Luchar como ellos, vivir constantemente para ellos. Ayudarles era ya en ti una obsesión que no te dejaba vivir y por primera vez en tu vida dejaste de ser en el Partido o en el Sindicato una ilhada de cuota. Subiste las escaleras de dos en dos y con aire decidido pediste un puesto de trabajo. Los que de antes te conocían te tomaron un

poco a broma, se sabían de memoria tus actividades anteriores, creían que no valdrías para nada, como no fuese para desmoralizar a los compañeros que trabajasen a tu lado. Por un momento, un instante nada más, quedaste paralizada. Por tu imaginación como en cinta cinematográfica, toda tu vida inútil, pero reaccionaste, casi con llanto insististe:—¡Quiero trabajar, quiero trabajar!—Y lo has conseguido, muchacha, y ahí estás en tu fábrica, en tu taller, en tu tractor, en tu despacho. Ya no eres la muchachita pintarrajada e inútil; tus manos no lucen unas maquilladas de intenso color rojo: están deformadas y hasta tienes callos en ellas; tus pies no van calzados con lindos zapatos de altísimo tacón sobre los que apoyabas la gentileza y el garbo de tu cuerpo: lucen unas sandalias hechas por tí en ratos que robas al descanso de la noche, pero estás más linda, mujer. Ahora sí, te has convertido de verdad en la compañera del hombre. Ahora sí eres la mujer fuerte del Evangelio, ahora sí eres la verdadera esperanza del que lucha en el frente, ahora sí eres la salvaguardia del pueblo. Los que están allá no a muchos kilómetros de donde tú te hallas, saben que te dejarías matar antes de abandonar tu ayuda y ellos saben que pueden contar contigo; saben también ellos que no los has abandonado y, al pensar en tí sienten redoblar sus energías y su amor, muchachita laboriosa de retaguardia, y acrecientan su entusiasmo y atacan cantando la canción que quisieran fuese oída por tí, mujer símbolo de madre, y luchan con tesón y mueren con la sonrisa en los labios pensando en la muchachita de ojos bellos y energías incansables. Salud heroína callada, tu sacrificio no es estéril, te espera la gloria mayor que puedes alcanzar. ¿Te parece poca gloria pensar que eres la novia, la hermana, la madre de esos soldados de la República, que defienden de manos mercenarias ese suelo que pisas, esas máquinas que mueves, esos hijos que crías? ¿Te parece poca gloria ser la madre de esa generación de héroes que con su sangre te han abierto el camino de la redención?

Muchachita buena, ya no volverás a ser nunca un trasto inútil, ya los hombres no te mirarán con pena y recelo, ya has dejado de ser simple adorno para convertirte en la digna compañera de héroes. Por ello, cuando te cruces en la calle con un compañero mutilado, no llores, admírale, adórale como a un dios porque ese sí que es un dios sublimado por el dolor, un dios que, como nuevo cristo, se ha dejado crucificar por la rendición del mundo entero.

RADI

Leed

«VIDA NUEVA»

EDITORIAL

HACE SEIS AÑOS

Llevaba poco más de un año de vida la Segunda República española, proclamada incruentamente con el beneplácito de la mayoría del país como resultado de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, y las clases privilegiadas de España, que venían maniobrando, aunque con temor y subterráneamente, contra las esencias del nuevo régimen, encontraron militares siempre propicios a fallar a su honor y enrolarse en pronunciamientos para asestar nuevo golpe, que creyeron mortal, a la República que fué magnánima y benévola con ellos. Y así se produjo la «sanjurjada», así tuvo lugar el comato de alzamiento contra el régimen que terminó con la imposición de la ley y la afirmación en el poder de las Izquierdas que venían dirigiendo los asuntos del país. Mañana se cumple el segundo aniversario de hecho tan vergonzoso y es, pues, momento indicado para recordar que hubo entonces complicidades no castigadas y actos no penados que sirvieron para envalentonar a los autores del movimiento del 18 de julio de 1938, origen de la guerra de invasión que padece.

Si sofocada la rebelión hace seis años, el castigo hubiera sido ejemplar y se hubiera cortado en sus raíces el mal, cerrando el cuadro entre los elementos republicanos y la clase trabajadora que venía sosteniendo la situación política, no hubiera habido lugar ni a la derrota electoral de noviembre de 1933 ni al alzamiento de los fascistas y plutócratas de julio. Pero no se hizo así. Magnánima, hasta pecar de ingenua, la República perdonó incluso al jefe del movimiento y continuó inocentemente por los mismos derroteros, sin darse cuenta de que era preciso virar en redondo y penetrar con la lanceta en lo más íntimo de la carroña que corrumpía todo y que impedía el paso firme del carro gubernamental. Y así pudo llegar lo que todos lamentamos: el arribo al poder de las clases reaccionarias y de sus cómplices y traidores al régimen, del que se decían defensores «históricos», la represión cruel del movimiento liberador que tal hecho provocó—¡gloria a Asturias!—y el alzamiento militar de julio, origen de nuestras desdichas de hoy, pero que será también origen de la definitiva estabilización del régimen de libertad y justicia con que soñamos.

Hace seis años se atentó contra la República y se venció. Hace dos años que se inició la actual guerra, cuyo final tenemos previstos todos. Que alguna vez aprendamos las lecciones de hechos pasados y que al final de la actual contienda, obremos como es menester para que nunca jamás retorne la cizaña en nuestro suelo y sea posible el dominio de las clases explotadoras y tiránicas.